

De actualidad



# La tradición liberal

Hemos oído contar una anécdota vallisoletana que si no es auténtica merece serlo y que en todo caso es histórica como pueda serlo la más característica leyenda. Y es que al pasar no hace mucho don Alfonso por Villalar como le dijese al alcalde de esta histórica villa: "¿Qué diría Padilla a todo esto?", el bueno del representante del pueblo rústico le contestó: "Es inútil, señor, lo que dijera, porque aquí todos votamos a Zorita".

Claro es que el alcalde—funcionario público—a quien se atribuye esa tan característica frase no es ni el de Zalamea ni el de Móstoles, pero no deja de ser típico de una época y una tierra históricas, o más bien, ahistóricas y hasta anti-históricas.

Y esto ha ocurrido o ha podido ocurrir cuando se va a celebrar el centenario del levantamiento de las Comunidades de Castilla contra la camarilla de extranjeros que trajo el primer Habsburgo de España, Carlos el hijo de Juana la Loca. Centenario que pasará como han pasado y pasan otros en este pueblo, sin ceremonia colectiva histórica. Lo que vale decir sin conciencia histórica y esto a su vez sin historia, sin sentimiento de la continuidad. O de la ruptura de ella.

Llevamos una temporada con la preocupación de que, gran parte—si es que no lo más—de la caótica confusión que en la política española domina, se debe a que no se ha logrado injertar en nuestra tradición nacional las oscuras ansias y los vagos anhelos de un nuevo régimen social que nos ha venido de las democracias civilizadas de Europa. El apoliticismo de tan grande sección de proletariado español no es más que ahistoricismo. Es que esas gentes no saben qué sufrieron y por qué sufrieron sus abuelos. Es, en rigor, que no tienen antepasados. Y por esto sus esfuerzos han de perderse en el vacío.

Hay que oír a pobres gentes hipnotizadas por una palabrería mal traducida abominar de la democracia como si esta fuera una categoría política de las que llaman burguesas.

O acaso oírles ponderar la eficacia de la dictadura del proletariado, sin considerar que un proletariado sin historia, y por lo tanto sin conciencia histórica, no tiene nada que dictar. Y sin considerar que la mayoría del proletariado español lo constituye la masa rústica—mucha parte de ella habitante en ciudades y villas—y que esa masa ha olvidado a los Padillas pero es para votar a los Zoritas. Y menos mal si se diese cuenta de lo que este sufragio significa.

El socialismo internacionalista español—o si queréis el internacionalismo socialista—no puede dar fruto porque sus guiones y truchimanes no han logrado nacionalizarlo, no han sabido entroncarlo con la tradición socialista—que la hay—nacional. Y a falta de esto irle a nuestro pueblo con la Segunda o la Tercera o la novísima Internacional es irle con metafísicas. Buenas para salir del paso en esos Congresos de correligionarios.

"¡Eso de la Marsellesa es una antigüalla!"—nos decía un proletario profesional, es decir, uno que hace profesión de proletarismo y esto aun no teniendo, como no tiene, prole. Y hubimos de contestarle: "Aun para las aspiraciones a que usted cree servir, no ya la Marsellesa, sino el Himno de Riego, que en España es, por curiosa inversión cronológica, anterior a aquélla, es símbolo hoy más que suficiente y si usted me apura le diré que no hemos salido de la lucha de las Comunidades de Castilla." Y le recordé cómo los liberales de 1820 se vestían espiritualmente de comuneros.

¿Qué diría Don Juan de Padilla si resucitara al cabo de cuatro siglos? No sabemos lo que Padilla podría decir—aunque fuera igual, a los de Villalar, lo que dijese porque seguirían votando a Zorita—; pero si D. Rafael Riego resucitara ahora, cuando falta poco más de dos años para el centenario del día en que fué ajusticiado—ajusticiar suele querer decir asesinar jurídicamente—por haber votado, con muchos otros, la suspensión en sus funciones monárquicas de Fernando VII, supcnemos que el atolondra-

do liberal de 1820 exclamaría: "¿Pero aún estáis en esto...?"

Don Antonio Cánovas del Castillo dijo, después de la Restauración de 1876, que venía a continuar la historia de España. Sin duda la historia de la decadencia de España que con plu-

ma tan implacable—a las veces sañuda—describió él mismo. Y lo que hoy hace falta es, no ya continuar, sino reanudar la historia liberal de España; pero para ello hay que atar el hilo a un cabo ya pretérito. ¡Hay tanto cabo suelto en nuestra historia!

Ahora que una vez más hablan los liberales de unirse, deberían empezar por hacer examen de conciencia y estudiar qué es y significa liberalismo en España, y volver la vista a aquellos tiempos en que se cantaba: "Constitución o muerte será nuestra divisa...!" Y darse cuenta de qué es aquella terrible invención de Cánovas de la "constitución interna".

MIGUEL DE UNAMUNO

